

En Roma, el pincel de Rafael hizo ántes que ninguno la apoteosis de fray Jerónimo, colocándole entre los doctores de la Iglesia en la visita del Santísimo; y el carácter del pontífice, severo y despótico, no deja suponer que Rafael se haya atrevido por sí á inaugurar el retrato de Savonarola en una sala del Vaticano, si no le hubiese sugerido tal idea el mismo Julio, que prefería sin duda esta clase de reparación, la cual aseguraba mayor publicidad para lo presente y mayor perpetuidad para lo porvenir.

En el siglo XVI, no se le creyó solo inocente, sino hasta Santo, opinión tan acreditada entre los Cristianos que la Iglesia Romana juzgó de su deber someter á severo exámen el proceso de Savonarola, y la parte que en él había tomado Alejandro VI. Verificóse este exámen al canonizarse Catalina de Ricci, acusada de haber invocado con frecuencia la intercesión de Savonarola, cual si fuese un Santo, y mientras duró la investigación San Felipe Neri, que tenía en su aposento un retrato del fraile, ceñida la cabeza de una aureola, estuvo rogando á Dios con un fervor llevado hasta la angustia, para que aquel inmortal campeón de la fe cristiana no se contaminase con una segunda condena. Se añade que habiendo sabido por una revelación especial, que la memoria de su héroe saldría pura é inmaculada de esta última prueba, no supo refrenar los trasportes de su alegría participando de ella muchos fieles, á cuyos ojos semejante resultado equivalía á una canonización formal. En este punto la corte de Roma llevó tan lejos la indulgencia respecto de la opinión pública, que dejó vender y circular libremente, entre las familias piadosas, retratos y medallas de bronce, con inscripciones en que el bienaventurado fray Jerónimo Savonarola era titulado *doctor y mártir* (1).

En Florencia su nombre no cesó nunca de ser popular, y si el torrente del paganismo, una vez roto el dique que él le había opuesto durante seis años, inundó de nuevo la literatura italiana, no sucedió lo mismo á la pintura; pues las doctrinas espiritualistas, á que Savonarola devolvió su vigor, fueron conservadas y se difundieron mucho en el siglo XVI por un pequeño número de artistas cristianos, entre los cuales el entusiasmo por su arte permaneció inseparable de la veneración tributada á la memoria de aquel á quien habían mirado como pastor y maestro.

(B) pág. 71.

ELECCION DE CARLOS V.

Véase lo que el cardenal Gaetano decía á Leon X en 29 de junio de 1519, sobre las cuestiones que se originaron en la Dieta, al tratarse de la elección disputada por Luis XII y Carlos V:

«... Ayer me escribió el secretario de S. M. en alemán, refiriéndome minuciosamente todo lo que el arzobispo de Maguncia ha expuesto en la Dieta á los electores, sobre la nueva creación del emperador, habiendo hablado con mucha extensión contra los dos príncipes que pretenden el imperio, esto es, Carlos de Austria, rey de España, y Francisco I, rey de Francia. Sus razones de mas peso han sido: que ellos, en calidad de electores, están obligados por la ley y por su juramento á no elegir á un extranjero por emperador; que están, además, seguros de que si eligiesen al rey Francisco, este procuraría ante todo hacer prosperar su reino, lo que no conseguiría sino cercenando el de otros; por ejemplo, sometiendo bajo cualquier pretexto alguna de las ciudades libres al reino de Francia, cuya posesión sabe le pertenece, y por herencia á sus hijos, sin que nada de esto acontezca res-

(1) BARTOLI, pág. 483 y siguientes.

peto del imperio. Procuraría igualmente quitar la Flándes y el Austria á Carlos, á quien, con la mera esperanza que tiene de obtener el imperio, ha declarado ya la guerra. Seguiríanse, pues, disturbios y grandes penalidades en la Alemania, y también disensiones y guerras civiles, por la diversidad de las pasiones y de los afectos de estos príncipes y pueblos. Si Carlos fuese molestado, los electores y todos los príncipes cometerían una gran falta no ayudándole, pues el mundo sabe la obligación que tienen contraída los electores y todo el imperio con Maximiliano, abuelo de Carlos, por quien han sido tan beneficiados así ellos como el imperio. Merecía también considerarse que si el rey de Francia, despues de ser elegido emperador, se apoderaba del Estado de la casa de Austria y aumentaba de este modo tanto sus fuerzas, la primera cosa que haría sería separar á los electores y demas príncipes que defienden la libertad del imperio y de la Alemania, sustituyendo en su lugar otros electores, otros ministros y otros príncipes, que le ofreciesen seguridad de que el imperio no volvería á ser ocupado por ningún Aleman, ni saldría jamás del dominio de la Francia; siendo así que, como sabían perfectamente, la principal causa de la creación de los electores había sido conseguir que el imperio jamás saliese de Alemania, ni se confiase nunca á ningún extranjero, á lo cual, según ya había dicho, todos estaban obligados por ley y juramento. Alegadas estas y otras razones, el arzobispo recordó que en estos días el rey de Francia, despues de la gran victoria ganada á los Suizos, ha tomado á Milan, resultando evidentemente que aspira á subyugar toda la Italia, siendo probable que no dejase atrás esta provincia de Alemania; lo cual le sería mucho mas fácil lograr hallándose revestido de la dignidad de emperador y teniendo al país, como suele decirse, por la rienda. Los electores debían además considerar muy bien cuán malo sería aquel rey para conservar la libertad de Alemania, á las ciudades libres y á los príncipes, viéndose por experiencia que en la misma Francia solía haber en los años anteriores muchos príncipes de grande autoridad, especialmente en mantener la justicia y libertad de aquella provincia; y sin embargo, esos principados están hoy destruidos casi todos, y no se encuentra ningún gran personaje que no tiemble á la menor señal del rey, y que se atreva á lo que no sea alabar todas aquellas cosas que los reyes dicen ó hacen, sea lo que fuere.

Tocante á lo que los embajadores y otros hombres del rey han dicho, á saber, que el rey de Francia es hombre de gran poderío, y á la par muy fuerte y valeroso, contestó el arzobispo que en todo eso veía mas bien motivo de temor que esperanzas de conservar un gobierno libre de muchos ciudades, como el de la Alemania. En cuanto á hacer la guerra á los Turcos, según ofrecen los embajadores, ha manifestado que esto sería muy útil y apetecible, principalmente uniéndose la Francia y la Italia con la Alemania; pero que sin embargo, es creíble que el rey de Francia, en teniendo el imperio, no quiera distraer sus fuerzas á países lejanos, si antes no las ha probado y multiplicado en el reino de Nápoles, en Flándes, y en otros muchos lugares que pretende son de la pertenencia, no del imperio, sino de la Francia. Ni hay que fiarse enteramente de las promesas que se hacen por los embajadores y aun por los mismos príncipes, cuando aspiran á conseguir una cosa de tanta importancia como es el imperio; tanto mas cuanto que las intenciones de este rey, de que el arzobispo hablaba como por conjeturas y en virtud de raciocinios, los demas podían empezar ya á conocerlas por la experiencia, pues el mencionado monarca tiene aun las armas en la mano y está dispuesto al combate, según ha dicho. De consiguiente, como por ley, por juramento, por amor á la patria y consideración al cargo que desempeñaban, conocían que no les era dable ni debían de

modo alguno, no digo llevar á efecto, pero ni siquiera pensar en la elección del rey Francisco, necesario era pasar á discutir sobre los otros.

Hablando, pues, de Carlos, dijo que conocía muy bien que, si no todos, la mayor parte de los electores podrían juzgar que el nombramiento de emperador hecho en la persona de Carlos de Austria, rey de España, no era conveniente. Pues poseyendo el reino de España, donde parece acostumbra habitar de continuo, y hallándose á tanta distancia de Alemania, el imperio padecería mucho, especialmente en estos tiempos en que la Alemania se encuentra tan agitada por discordias civiles y amenazada de tan gran peligro por parte del Turco. Convenía además reflexionar, que eligiendo á Carlos emperador, pudiera luego, ó por que lo necesitase ó por algún resentimiento ó encono contra los mas ardientes defensores de la libertad germánica, llevar á los Españoles á Alemania, no siendo difícil calcular el modo como tratarían esta provincia. Sin contar con que las fuerzas de Carlos al presente son muy débiles, y no hay que esperar de él que devuelva al imperio su importancia, y ménos aun que lo aumente en lo mas mínimo. En efecto, si los Españoles tomasen á Milan, es de creer que lo quieran para sí, y lo reunan ántes al reino de Nápoles que al imperio. Por estas y otras razones opinaba el arzobispo que se debía seguir el ejemplo de los antepasados y elegir á un Aleman. No obstante, considerando esto con mas detención, conocía que los tiempos que habían trascurrido eran de diversa condición y mejores que los presentes; pues si se eligiera hoy por emperador algún señor alemán, sería tan escaso su poder que los habitantes de la Alemania Baja y del Austria, vasallos del rey de España, no le obedecerían de ningún modo. Si el rey Francisco hiciese la guerra á Carlos en Flándes ó en Italia, el nuevo emperador se cubriría de oprobio permaneciendo en la expectativa, y permitiendo que los Franceses, nación extranjera, le quitasen una parte tan grande del imperio y que penetrasen en su casa por tantos lados. Además de que en tal caso puede creerse firmemente que los príncipes de Alemania, teniendo poco y apreciando ménos á un emperador tan débil, seguirían el curso ordinario de la naturaleza humana, esto es, se acercarían ya al uno, ya al otro de dichos dos reyes; y así la Alemania y el imperio estarían envueltos en la mayor confusión y divididos. Agregándose que en tiempo del emperador Federico III, Carlos, duque de Borgoña, hizo la guerra en Alemania, y Felipe María, duque de Milan, la hacía al mismo tiempo en Italia, con vergüenza del imperio y de los príncipes de Alemania, que, lejos de castigarlos, mostraban temor de que se combatiese contra ellos, como se vió luego, cuando el emperador fué sitiado en Austria, y despues expulsado por los Húngaros, á pesar de ser entónces los Bohemos sus amigos y aliados, y de tener á su favor al marques Alberto de Brandeburgo, abuelo del mencionado arzobispo, y al duque Alberto de Sajonia. Puede considerarse qué habría que esperar ahora, si se eligiese un emperador alemán, existiendo entre los príncipes de Alemania tantas divisiones. Anadió que había muchas otras razones para creer que los príncipes y las ciudades no querían obedecer á un emperador alemán tan débil, especialmente por motivos religiosos. Si pronto no se provee á estos con un gran brazo y una grande autoridad, podrá sobrevenir una inmensa ruina, no solo para la Iglesia, sino para toda la Alemania; pues que ya los de Sajonia y los Suizos favorecen abiertamente estas nuevas opiniones, sin contar los que deben favorecerla en secreto, como es propio de entendimientos humanos, en que se imprimen con facilidad diversos pareceres, y que desean sobre todo novedades. No hay que esperar estén para acabarse tales disputas, á ménos de reunirse un concilio general: el cual, si el emperador no es poderoso, ni podrá congregarse ni defenderse. Tenemos también la guerra

con el Turco, que deberíamos llevarle á su casa, y no aguardar que la traiga á la nuestra; tanto porque es mucho mas seguro y digno atacar que ser atacado, y arruinar con los ejércitos el país ajeno en vez de que lo sea el que nos vió nacer, como para recobrar los objetos perdidos que pertenecen al imperio, y en especial la Grecia. Se necesitan, si se aspira á esto, mucha gente, muchos amigos, mucho dinero, muchas fuerzas y además mucha reputación, cosas que serían todas pequeñas y en corto número, tratándose de un emperador de entre nosotros mismos.

Por tanto, despues de una larga consulta conmigo mismo (decía el citado arzobispo), despues de rogar encarecidamente á Dios que me abriese, y también á vosotros, un camino, ilustrando nuestro entendimiento en tan graves circunstancias, conozo al fin que de todos los príncipes de la Cristiandad actual, no hay ninguno mejor ni aun igual, atendidas las necesidades del imperio y de la Alemania, que Carlos de Austria, rey de España: si se encuentran en él cosas capaces de excitar el recelo de alguno de nosotros, halláremos sin embargo en cualquiera otro mas motivos de temor y de mucha mayor importancia; pues Carlos es Aleman, tiene Estado y provincias en Alemania, y no debe temerse que reduzca á esclavitud á ninguna de las ciudades libres del imperio. Viendo que observamos las leyes y nuestro juramento, en el mero hecho de elegirle, por la circunstancia de no ser extranjero, también él cumplirá el suyo, que le obliga á no transferir el imperio, á aumentarlo en lo posible, á conservar nuestra libertad, y á ser perpétuo defensor de la religion cristiana. Lo mas interesante de todo esto es que tanto vosotros como yo, y cualquier otro, hayamos recibido noticias certísimas, diciéndonos que ese jóven está dotado de índole estimable y generosa; que es de constitución robusta, paciente en las fatigas, accesible á los que van á preguntarle, benigno en las respuestas, ajeno á toda crueldad liberal, magnánimo, y sobre todo, de vivo y admirable ingenio. Además, si consideramos la índole benigna de su padre Felipe y de su abuelo Maximiliano, lo buenos que se mostraron con sus súbditos, y cuán justos y verdaderos amantes de la Alemania han sido, solo hay que aguardar de él mucho bien. No puede negarse que es muy jóven; mas, sin embargo, está aun en edad de saber gobernar, y podrá servirse de los consejeros de su abuelo y de los mejores príncipes de Alemania. En cuanto á las molestias que experimentaría esta provincia y el imperio, si él permaneciese por mucho tiempo lejos de Alemania, estará en nuestra mano remediarlas, haciéndole prometer por ley y juramento no abandonar esta provincia; y es de creer que se someterá á ello con gusto, tanto porque las funciones de emperador le retendrán, cuanto porque así se hallará mas cercano á Italia, donde tiene Estado y reino, y mucho mas porque posee en Alemania varios países y también en Flándes. Vendrá un tiempo en que sea muy útil para pelear contra los Turcos, para impedir que los Franceses causen algún daño en nuestros confines, y para quitarles la Italia, y poner coto á los tumultos religiosos. Por estas razones (decía el elector) y por otras muchas que pudiera alegar y que omito, no solo en beneficio de la brevedad, sino porque estoy segurísimo de que todos vosotros las conocéis y consideraréis tan bien y quizá mejor que yo, me parece que en medio de nuestras turbulencias y en las circunstancias que nos rodean, Dios no nos propone ninguna persona mas á propósito á quien elegir para el imperio que Carlos de Austria, el cual se ha valido hasta de embajadores y de cartas para significarnos su intención con tanta modestia, como habéis visto todos.

Ahora bien, beatísimo padre, me dicen que estas ú otras palabras semejantes del elector de Maguncia, tuvieron mucho eco en la mente de los demas electores, y que, despues de conferenciar un poco entre sí,

se encargó á Ricardo, arzobispo de Tréveris, hombre muy práctico, juicioso y sobre todo autorizado, que contestase. Este, al principio de su discurso, dijo que, segun habia oido en los años anteriores, cierto adivino habia pronosticado que Maximiliano de Austria seria el último emperador de Alemania; lo cual hasta aquel momento habia tenido por cosa meramente risible; pero entonces empezaba á darle crédito, viendo que el arzobispo de Maguncia, elector, con tan buen estilo trataba de persuadir que se eligiese un emperador extranjero. Añadió que se admiraba de que dicho elector prefiriese el rey Carlos de España al rey Francisco de Francia, y que se compadecia de la situacion de la Alemania, la cual, si siguiese el ejemplo de sus antepasados, no necesitaria de extranjeros, cuya admision equivaldria á una servidumbre manifiesta. Para observar el mismo orden que el arzobispo, expuso que hablaria primero de la ley y del juramento. En cuanto á la ley, veía que el arzobispo habia puesto por base que, eligiéndose algun extranjero, el cual no residiese en Alemania, el imperio sufriría y pasaria poco á poco á manos extranjeras. Si tal era la ley en su modo de pensar, tanto valia elegir á un Español como á un Frances; de suerte que, pudiéndose con tolerancia de la ley nombrar á Carlos, por poseer algunas provincias imperiales, lo mismo era dable hacer con Francisco, dueño de la Lombardia y del reino de Arli, que forman parte del imperio.

Pues que se queria considerar cuál era mejor de los dos, debia recordarse que cuando la Francia estuvo unida á la Alemania (lo que sucedió en la época de los Francones, pueblos tambien alemanes), el imperio fué muy feliz y glorioso, teniendo ocasion cada cual para alegrarse tan solo con la memoria, leyendo las historias y los hechos de aquellos grandes emperadores de Francia; y ya que se ofrecia la ocasion de reponer el imperio en su primitivo estado, no convenia dejarla escapar de modo alguno; tanto mas sabiéndose que el papa, los Venecianos y todos los principes de Italia sustentaban igual opinion. Tampoco debia echarse en olvido que la nacion francesa, por su indole, por sus leyes y por sus costumbres, tonia muchos puntos de semejanza con la alemana, sucediendo lo contrario respecto de la española; y que así como los Franceses aman y acarician á los Alemanes, los Españoles los aborrecen y desprecian. Ademas, la vecindad que existe entre la Francia, la Italia y la Alemania, es muy importante comparada con la distancia á que la España se encuentra; y si se suscitase algun tumulto en Alemania, ó invadiesen los Turcos la Hungría ó la Italia, seria de grande importancia el tener un emperador tan cerca como lo estaria el rey de Francia. En caso de traerse á cuento el valor, no negaba que en cierto modo, por voz pública del vulgo, los Españoles tuviesen fama de buenos soldados; pero con todo, las personas de juicio mas profundo podian muy bien considerar ó discurrir qué cosa de importancia habian hecho nunca los Españoles en Italia; sin contar que, ademas de la distancia ya mencionada, es notorio que los Españoles, á causa de los grandes gastos que les irrogan sus empresas maritimas, no pueden suministrar recursos en abundancia, ni enviar escuadras ó ejércitos considerables fuera del país, y que en los partidos y en las fatigas los Franceses serian compañeros de los Alemanes, como tambien en los honores y en las ganancias; al paso que los Españoles, siempre que sale bien alguna cosa donde ellos están, se apropian toda la gloria, y se vuelven insolentes y soberbios. La Alemania conoceria, si tal aconteciese, que el triunfo le perjudicaria con frecuencia mas que la derrota.

Añádase á esto que, si se elige al rey de Francia, no hay que temer la guerra en Italia, pues que es dueño ya de Milan, próximo á su reino; y en cuanto á lo que pudiera pretender respecto de Nápoles, le

aconsejariamos, y queriendo, hasta le obligariamos con juramento á estarse quieto. Lo mismo ejecutariamos en cuanto á las cosas de Flándes, que no deben influir en nuestro ánimo tanto como parece pretender el arzobispo, pues aunque tenemos tan cerca á los Flamencos, jamas se han aliado con la Alemania, ni le han profesado verdadera y sincera amistad, jactándose de no estar sometidos, bajo ningun concepto, á las leyes de nuestro imperio; nunca han contribuido á las necesidades comunes mas de lo que han hecho los Ingleses, los Suizos, y pudiera añadirse los Arabes y los Tártaros. Por lo cual el rey de Francia, siendo tan poderoso en su reino, poseyendo casi toda la Lombardia, y sobre todo hallándose bien y ricamente provisto de todas las cosas necesarias, es de creer que aspirará pronto á llevar á cabo empresas grandes, y principalmente á arrojar á los Turcos de la Hungría y de la Italia, para asegurar la Alemania, cuyo gobierno dirigirá y que vendrá á ser como un muro, un vestíbulo ó un recinto de su reino. Si por el contrario se elige á Carlos, rey de España, es indudable que no habrá mas que tumultos en Alemania, Flándes é Italia, pues Carlos guerrará primeramente arrancar á Milan de manos de Francisco; luego, si esto le sale bien, se lanzará sobre Francia para vengarse; y entre tanto los Turcos invadirán con todas sus fuerzas la Hungría, sin contarse con ningun medio de resistirles, por hallarse ambos reyes ocupados en hacerse la guerra. Será posible tambien que el papa, estimulado por el rey, declare vana é ilícita nuestra eleccion, y entonces, imagínese el desorden que resultará; ademas de que si Carlos es emperador, los Españoles, oponiendo nuestros ejércitos á los de Francia, podrán apoderarse cómodamente de Italia y unirla á sus reinos, sin la menor idea de restituir al imperio lo que saben le pertenece legítimamente. En lo relativo á la indole y costumbres de uno y otro, no niego que Carlos tenga un carácter benigno y modesto; pero, siendo tan joven, es imposible posea las virtudes propias de un príncipe que ha de regir un imperio de tan grande importancia, y que especialmente habrá de tranquilizar la Iglesia, segun ha recordado muy bien el arzobispo. Todo lo cual podrá ejecutar plenamente el rey Francisco por ser hombre de gran juicio, de sumo ingenio, que gusta de leer, y sobre todo que en lo concerniente á la religion acostumbra siempre aconsejarse con personas doctas y de una vida santa, y tocante á las cosas de guerra es en extremo práctico y entendido. Así Francisco, hombre ya formado, deja tan atras á Carlos, aun adolescente, como los efectos á las esperanzas, ó las opiniones, viéndose, entre muchas otras cosas, el valor con que ha sabido no solo conquistar á Milan, sino tambien vencer gloriosamente á los Suizos, nacion valerosísima y casi inexpugnable hasta los tiempos de Cayo César.

Añadió despues, que habiendo confesado el arzobispo cuán dañoso seria que el emperador permaneciese distante de Alemania, se habia empeñado no obstante en persuadirles que se mantuviesen tranquilos; pero que él no acertaba á concebir semejante reposo, cuando, residiendo el emperador en España, nacion que quiere tener siempre á su rey cerca de sí, la Alemania se veria agitada por las discordias civiles y las ruinas y peligros procedentes de los Turcos. En consecuencia, el imperio y la Alemania será entonces como una nave, acosada en alta mar por todas partes de tempestades, y cuyo dueño ó piloto se encuentra en tierra. Ademas, estando el emperador en España rodeado de ministros españoles, flamencos, borjoñones ó italianos, jamas oirá hablar de nuestros negocios sino falsamente y como aquellos ministros y consejeros quieran; y aun dado que oiga hablar de ellos siempre fielmente y con verdad, segun les sean expuestos por nuestras cartas y nuestros embajadores, y que los atienda como es debido, esto no podria suceder sino tan lentamente, que las mas de las veces llegarán

las medicinas despues de la muerte de los enfermos. Por otra parte, si, como es de esperar, las instigaciones de muchos perversos de nuestro mismo suelo, ó de otros, le excitaren á venir á Alemania para castigar á alguno que haya caído, no tanto en su desgracia como en la de sus ministros, puede creerse que acudirá seguido de soldados extranjeros, que tratarán esta provincia de un modo fácil de imaginar.

Así, fundado en estas y otras muchas razones, le parecia, que si está decretado que el imperio de Alemania en estos tiempos se dé á un extranjero, no cabe duda de que debe conferirse al Frances con preferencia al Español; y que si la ley ó el juramento les prohibia elegir á un Frances por su cualidad de extranjero, la misma ley y el mismo juramento debia impedirles elegir á un Español, mucho mas extranjero en cuanto al origen, la sangre, el lugar, las costumbres, etc., que un Frances. Ni convenia valerse de sutilezas para hacer creer que Carlos fuese Aleman; y si, dejándose de sofismas, elegir á uno que sea en realidad Aleman por el origen, las costumbres, la naturaleza y la lengua, como antes, en el segundo capitulo de su razonamiento, habia propuesto al arzobispo; que si bien luego opuso algunas objeciones, diciendo que tal emperador alemán, á causa de la debilidad de sus fuerzas, seria poco obedecido, y de consiguiente mas dañoso que útil á nuestro imperio, sin embargo, en caso de no querer elegir uno que sea suficiente en sí mismo por el ingenio y el valor, la Alemania es bastante fuerte para hacer que se le tema, que se le respete y que logre feliz éxito en sus empresas: para convencerse de ello, bastará acordarse del emperador Rodulfo, que reinó once años antes que Maximiliano, y tuvo en sí poquimas fuerzas; pero, como era virtuoso y valiente, se hizo temer, no solo de los súbditos, sino tambien de todos los reyes vecinos, y aumentó considerablemente el imperio, entonces reducidísimo y casi arruinado por tantas guerras. Ademas de esto, podian recordar la buena opinion que los principes extranjeros, y principalmente Luis XI, rey de Francia, habian tenido del emperador Maximiliano, no por otra cosa que por la mucha virtud y valor que le asistían. Finalmente, si alguna vez la fama y reputacion de los principes de Alemania han gozado de gran crédito y estima, es al presente, pues existen tres nobilísimas casas principales, las de Baviera, Sajonia y Brandeburgo, en que se encuentran hombres excelentes y aptos en todos conceptos para desempeñar el cargo de emperador. Siguese de aquí, que si eligiésemos á uno de ellos, y le ayudásemos con nuestras fuerzas, no habria que temer nada de los extranjeros ni que dudar del buen éxito de nuestras cosas, con tal de marchar todos de acuerdo. Por lo mismo, renunciando á nombrar extranjeros, elijamos á un conciudadano, pues que tenemos algunos de mucha virtud probada por diferentes ejemplos domésticos, entre los cuales me contentaré con citar á Matias Corvino, rey de Hungría, poderosísimo y afortunado guerrero. Federico es elector, y se sabe muy bien, que habiendo una vez dicho rey declarado la guerra á su padre, como viese marchar contra él un numeroso y valiente ejército, le faltó el ánimo y la fuerza. Es, pues, de esperar que, si se elige por emperador á uno de los nuestros, será estimado no solo por nosotros, sino por todos los demas.

Despues de estas palabras pronunciadas por el elector de Tréveris, me dicen que habló el duque Federico de Sajonia, y que valiéndose de muchas razones, sostuvo que el rey de Francia no podia ser elegido con arreglo á las leyes; pero que Carlos podia serlo, por su cualidad de príncipe alemán, no pudiendo dudarse, que hoy no se encuentra ningun príncipe mas poderoso que él. Sin embargo, le parecia que su eleccion debia ir acompañada de algunas leyes y condiciones en favor de la libertad de la Alemania, del engrandecimiento del imperio y de la preservacion de

todos aquellos peligros que habian mencionado los electores de Maguncia y de Tréveris. Stendo á la sazón muy tarde, tengo entendido que el arzobispo de Tréveris dijo levantándose, que conocia verdaderamente hallarse decretado de un modo irrevocable el próximo cambio de la Alemania; pero que no obstante, en atencion á que los demas eran de aquel dictámen, se adheriria tambien él. Hablando así se separaron sin mas conclusion. »

(C) pág. 82.

SAQUEO DE ROMA POR LOS COLONNESES.

« A M. Marco Antonio Micheli, en Venecia.

Calculo que siendo vos piadoso y Católico Cristiano, vendréis al jubileo y disfrutaremos de algun esparcimiento, dado caso que cesen estos tumultos militares, ó que se alejen, segun se espera. Creo que os habrán dejado atónito los sucesos de Lombardia, hasta el punto de no poder escribirme en muchos dias; y á la verdad, el mismo partido cesáreo no esperaba ni pensaba obtener tan feliz éxito. Se confia en que el César contestará favorablemente, y no se duda de su buen ánimo hácia ese ilustrísimo dominio (veneciano), lo que deseo en extremo para la tranquilidad de Italia y la nuestra.

El arzobispo de Capua cuenta un duro y extraño caso que sucedió á nuestro monseñor Aleandro, electo de Brindis, que habia sido nombrado nuncio cerca del rey cristianísimo. En el mayor ardor del combate, en medio de la gran confusion que podéis imaginar, el pobre caballero, huyendo en traje episcopal cayó en manos de tres Españoles, los cuales se apoderaron de él, y no conociéndole, le obligaron con amenazas y bravatas á imponerse 3,000 ducados de rescate, y le llevaron tras de sí por todo el campo, volviéndose á menudo é importunándole con crueles palabras para que los siguiese. El pobrecillo corria trémulo en su seguimiento, y no les queria hablar en español ni decirles que era nuncio apostólico. Despues, habiendo entrado en Pavia, fué entregado al virey y al marques de Pescara, á quienes se descubrió, costándoles mucho trabajo libertarle de la cautividad; sin embargo, por deber de conciencia, le fué preciso dar á cada uno de los tres Españoles 200 ducados. Tengo entendido que pasa á Venecia, y de su boca oiréis la narracion de sus desgracias.

Se ha publicado aqui un bando disponiendo que ningun impresor pueda imprimir nada nuevo, sea en latin ó en idioma vulgar, sin la aprobacion del maestro del sacro palacio. La causa principal de esta determinacion ha sido una elegía sobre la prision del rey de Francia, que se acaba de dar á luz, *incerto auctore*, en la que hay cosas capaces de introducir la discordia entre el pontífice y el emperador, y muchas imprudencias. Se ha tratado de averiguar quién es el autor, pero hasta ahora todo ha sido inútil.

Al mismo.

Creo que por cartas públicas ó particulares habréis tenido conocimiento del nuevo y extraño caso que se ha verificado en esta ciudad de Roma la víspera de San Mateo. En la mañana de ese dia, al tiempo de vestirme, oí decir en la vecindad que las tropas de Colonna habian tomado la puerta de Santo Janni, y que venian á Roma con mala intencion. No lo creí, pues sabia que se habia celebrado quince dias ántes una tregua con nuestro señor, en virtud de la cual Su Santidad habia licenciado la infanteria procedente de Espoleto y otros puntos. Á fin de conocer la verdad, me dirigí inmediatamente á palacio, y estando en las habitaciones del señor Datario, entraron mensajeros, el uno con peores noticias que el otro, que afirmaban que los enemigos habian entrado ya en Roma, que el cardenal Colonna estaba ya en Santi Apóstoli, en su

casa, con el señor Ascanio Colonna y otros muchos señores, y que desde allí se encaminaban á San Pedro por la calle de Transtiber. Todos quedamos llenos de espanto, y se perdió enteramente el aplomo, viendo que no habia medio de resistir ni á un pequeño número, y mucho menos á 8,000 personas desesperadas y furiosas.

Nuestro señor mandó convocar al instante á los señores cardenales, les expuso el caso, y despues de una breve consulta, opinaron estos reverendísimos que se enviasen dos cardenales á los señores de Colonna, con encargo de preguntarles qué es lo que pretendian, y declararles que estaban rotas las hostilidades; tambien se decidió mandar otros dos cardenales al Capitolio para convocar al pueblo romano y exhortarle á defender la sede apostólica y al pontífice. Al Capitolio fueron los reverendísimos Campeggio y Cesarino; pero nada lograron con los Romanos, que estaban sumidos en la mayor confusion y creian hacer bastante con permanecer á la expectativa. Á hablar á los Colonnese fueron los reverendísimos Della Valle y Cibo, que tampoco alcanzaron cosa alguna, pues aquellos señores no quisieron oírles. Habiendo vuelto, pues, al palacio sin contestacion, y como nuestro señor recibiese cada vez peores nuevas, de las cuales resultaba que los enemigos seguian avanzando, adoptó el consejo de los que le decian que se encerrase en el castillo con unos cuantos cardenales y prelados y los pocos muebles de mas valor que hubo tiempo de llevar en tan precipitada marcha.

Yo permanecí en palacio mas de dos horas despues que Su Santidad entró en el castillo, y tenia intencion de no moverme de allí, creyéndome mas seguro que en casa, por ser un punto fuerte y hallarse provisto de artillería y custodiado. Pero desde que vi que la guardia de los Suizos se retiró al castillo de orden del papa, abandonando el palacio, me volví á casa en compañía de maese Jacobo Cocco, que no tuvo ánimo de venirse á mi habitacion, en lo cual hubiera ganado; sin embargo, se marchó á su nueva casa que ocupaba hacia tres dias, y yo me fui á la mia. Á la media hora oí el estrépito y los horribles gritos de los enemigos, que habian entrado, parte de ellos por la puerta del Espíritu Santo, parte mas arriba por la viña de Bagnacavallo, arrollando unos cuantos soldados de infantería que habia colocado allí poco antes monseñor Datario. Los que entraron por dicha viña consiguieron ocupar el jardín y la casa de monseñor de Corfú y quitarle todas las cabalgaduras. El dueño con todos sus demas bienes habia huido á casa del cardenal Araceli y luego al castillo, siendo esto para él una suerte, pues la casa de Araceli fué de las primeras que se saquearon: el cardenal se habia retirado al castillo llevándose el dinero.

Despues toda la gente enemiga se esparció por Borgovecchio, y ocupó el palacio apostólico, pasando parte por las escaleras de San Pedro para que no les alcanzase la artillería del castillo, y parte por las caballerizas y la puerta que está debajo del pórtico de San Pedro, de manera que, tomado el palacio por todos lados, fué saqueado casi enteramente sin perdonar el guardarropa ni la habitacion del papa, las sacristías comunes y secretas, tanto de San Pedro como del palacio, los cuartos de los prelados y cortesanos, las caballerizas del pontífice y de los particulares, rompiendo puertas y ventanas, robando cálices, cruces, báculos, ornamentos preciosísimos y cuanto caía en sus manos, prendiendo ademas á los hombres de valía que encontraban. Mientras se trataba así el palacio apostólico, otros hacian lo propio con las casas de particulares, artistas y cortesanos que habitaban en la calle del Armellino, esto es, en Borgovecchio, no atreviéndose á pasar al nuevo por la artillería del castillo, cuyos disparos no cesaban. Entre las primeras casas saqueadas se contó la del pobre maese Jacobo Cocco, al que robaron todos los bienes, el dinero y la mula,

atormentándole en seguida para que diese un rescate; é iban á conducirlo prisionero, cuando llegó un sirviente suyo con cierto número de camaradas compatriotas soldados de los enemigos, los cuales, fingiendo ayudar á llevarle, le hicieron desaparecer al traves del ejército contrario hasta dejarle en Roma, en casa de maese Tiberio Muti. Lo mismo y aun peor sucedió á maese Evangelista de los Brevi, secretario apostólico, el cual, despues de perder cuanto poseía, fué llevado prisionero montado en su mula en pelo, aunque luego se le dejó libre juntamente con los demas.

Pero volvamos al palacio, pues no es posible conservar el orden en tanta confusion. La habitacion de monseñor Sadolet y la caballeriza fueron saqueadas, y él se salvó en el castillo. Casi todas las habitaciones del corredor experimentaron igual suerte, excepto la de Campeggio, que fué defendida por algunos Españoles, so pretexto de haberla tomado ya. Ridolfi se vió despojado de todo. Datario salvó una buena parte de sus bienes en el castillo, aunque no sin sufrir tambien bastante daño; entre otras cosas le rompieron hermosísimas porcelanas por valor de 600 ducados; las habitaciones del paraíso fueron todas puestas á saco. Maese Pablo Jové podrá hablar de sí mismo en su historia como lo hizo Tucídides, si bien previendo estos males habia ocultado muchos dias antes en Roma sus mejores cosas. Á maese Vianesio no le ha servido el ser imperial, ni tampoco al obispo Chiericato, el cual se encontraba ausente de Roma; pero sus bienes han pasado á ser imperiales, como su dueño primitivo. Las habitaciones del vicario de nuestro señor con sus cereanías, todo fué saqueado, hasta el aposento de Alcionio.

Á Berna, que vivía junto á él, no le quedó nada; ademas de los efectos querian llevarse un gran monton de cartas dirigidas á monseñor Datario, al cual sirve Berna en lugar de Sanga; pero como oyesen gritar Iglesia, Iglesia, las dejaron. Las cajas de los oficios de palacio fueron todas robadas, como el plomo, la secretaria, etc.; en una palabra, pocas personas de palacio se libraron del saqueo. La librería se salvó á costa de un buen rescate; pero los que la guardaban desocuparon el puesto. El arzobispo de Brindis ocultó en Roma sus efectos de mas valor una hora antes, y él se refugió en el castillo; pero la casa en que estaba su familia fué saqueada. Marone ha perdido todos sus bienes y 27 ducados que habia en su habitacion. Él estaba cerca de la Penitenciaría, y se dirigía á su casa cuando observó que los enemigos habian entrado ya en ella; entónces huyó á la Penitenciaría, que toda fué saqueada, salvándose Maram debajo de un techo, medio muerto á causa de la grave enfermedad que acababa de padecer y tambien del miedo. Yo estaba aguardando de momento en momento que me sucediese lo propio; pero la situacion de mi casa me preservó de semejante desastre; pues los enemigos no podian pasar de la calle en que estaban á la mia, sin atravesar la calle del Borgo nuevo, en que no se podia parar á causa de los grandes disparos de artillería que hacia el castillo; si algunos llegaban hasta allí, no tardaban en verse atacados por ciertos escopeteros apostados en el corredor del castillo, en frente de mi habitacion, y vi á mas de cuatro caer heridos de muerte delante de mis ventanas. Así, gracias al castillo, nuestra calle al lado de las murallas quedó intacta; aunque si los enemigos se hubiesen detenido en el palacio que tenian ocupado, no nos hubiéramos librado la noche siguiente sin ser tambien víctimas del saqueo.

Quiso Dios que por hallarse los enemigos hartos y cargados de botín, el cual trataban de poner á buen recaudo, ó bien porque temiesen que los Romanos empuñasen las armas en defensa del pontífice y los cogiesen entre sus garras, casi al cumplirse las veinticuatro horas de saqueo se retirasen con tal desorden, que un corto número de infantes los hubiera vencido

y despojado de lo que llevaban. Experimentaron, sin embargo, alguna persecucion hasta el puente Sixto, y se refugiaron en Colonna.

La santidad de nuestro señor aquella tarde misma envió á llamar á Don Hugo de Moncada, capitán y lugarteniente de la majestad cesárea y de los enemigos, el cual, teniendo ántes á dos cardenales sobrinos del papa por rehenes, á saber, Ridolfi y Cibo, entró en el castillo á conferenciar con nuestro señor, habiéndose tratado de tregua, pero sin ningun resultado, porque pedia cosas que no se encuentran en los hospitales. Toda aquella noche la pasamos temiendo que nos diesen otro ataque: partir y mudar de traje no era seguro. Á la siguiente mañana todos pasaron de Borgo á Roma, y yo, para no ser mas prudente que los demas me refugí en casa de ciertos nobles romanos, amigos míos que habitaban en Colonna.

Despues, al dia siguiente, interviniendo los señores cardenales y todos los oradores de los príncipes, se acordó una tregua de tres meses con algunas condiciones, no bien entendidas aun, si bien es cierto que estos Colonnese, á los tres dias de su entrada en Roma, se han marchado con un rico botín. Sigue acudiendo gente en favor del pontífice; pero cuando ya no hay remedio. Su Santidad continúa en el castillo, y cada cual vuelve á sus habitaciones de Borgo, baridas sin necesidad de escoba. En cuanto á mí, tambien he vuelto hoy, temeroso de que mi casa hubiese sido ocupada por nuestros soldados.

Se calcula que el saqueo pasa de 300,000 ducados. Hoy se ha publicado un gran bando contra el que tuviese efectos de aquellos, robados ó comprados, y se están registrando las casas de Españoles y Romanos; pero yo creo que la mayor parte se la han llevado los soldados. Conservaos con salud.

En Roma, á 24 de octubre de 1529.

Todo de V. M.

JERÓNIMO NEGRO.

(D) pág. 99.

MUERTE DE PEDRO LUIS FARNESIO.

Algunos negaban y todos dudaban que Carlos V hubiese tomado parte en la revolucion de Placencia. El padre Ireneo Alfó ha escrito una vida de Pedro Luis Farnesio, que permaneció inédita hasta que poco hace la publicó el caballero Pompeyo Litta. Este censura al autor, porque « á cada instante la atencion del lector está distraída por fragmentos de antiguas crónicas y cartas escritas en un estilo á que no nos hallamos acostumbrados, » y llama « pedantería el trasformar de tal manera en un mosaico informe un discurso histórico, que no debe ser interrumpido nunca. »

Ahora bien, esas cartas nos parecen lo mejor de la obra de Alfó; pues vemos en ellas la mala voluntad que Carlos V profesaba á Farnesio, porque este se habia declarado en favor de la Francia, y porque el emperador deseaba hacia tiempo poseer á Placencia, llave del Po. Ademas, Don Fernando Gonzaga, gobernador de Milan, aborrecia particularmente á Farnesio, que le habia disputado la conquista de Soragna. Combinóse, pues, una de aquellas asquerosas intrigas de la política de entónces, cuyo conocimiento disminuirá la admiracion de ver al gobernador proponer al emperador un hurto, un robo, como él mismo denomina el hecho.

Empezó, pues, Don Fernando á estimular á Carlos V para que no esperase, como lo deseaba, la muerte del papa Paulo III, pues le escribia el 1.º de febrero de 1547: « Mientras viva el papa, Pedro Luis Farnesio duerme seguro á su sombra, no teniendo ninguna de aquellas sospechas que tendrá cuando haya perdido

este escudo; y de consiguiente, es de creer que poseerá aquellas ciudades con mucha mayor guardia y cautela que al presente; y por eso quisiera saber de V. M. si aprobaria el que, viviendo él, y ofreciéndoseme ocasion aparente para poder hacer robar alguna de las dichas ciudades, lo ejecutase, diciendo en seguida que lo habia ejecutado por mí mismo sin orden ni conocimiento de V. M., á fin de que con esto quedase V. M. libre del cargo que pudiera hacerse de haber obrado por mandato suyo. »

El emperador le facultó para ello, y el gobernador no tardó en exponerle su pensamiento:

« Al escribir en este dia á V. M., dándole cuenta de la manera de proceder del duque Pedro Luis Farnesio, y hablando del complot de Parma y Plasencia, dije que me parecia mejor llevarlo á cabo en vida del papa que despues de su muerte, por muchas razones, y le supliqué me hiciese saber si aprobaria el que, ofreciéndoseme ocasion aparente, robase á Plasencia en vida del pontífice. V. M. me contestó que le agradaba el pensamiento, pero que no procediese á su ejecucion sin avisarle particularmente el modo y forma de realizarlo. Paso, pues, á hacerlo así; pues siendo cosa que tanto conviene al servicio de V. M., no he cesado de investigar desde entónces todos los medios á propósito para conseguir el fin apetecido. Segun se presenta el negocio, como abajo diré, me parece mas factible ahora que en ninguna otra ocasion. V. M. sabe que tratándose del robo de un lugar, la mayor dificultad es reunir la gente sin el escándalo que resulta de tener que ejecutar el hurto; pues cuando se la reúne sin algun pretexto justo y legitimo, los que poseen los Estados, que ordinariamente tienen vigilancia, disponen lo necesario para su seguridad, y cualquiera medida, por insignificante que sea, trastorna todo el proyecto. Al presente existe ese pretexto de reunir gente, y de hacerlo en un sitio muy cómodo en Plasencia, dando motivo á ello la empresa de Montoya; á la cual se agrega que en Plasencia á la sazón no se hace ninguna guardia, y el mencionado duque Pedro Luis vive sin recelo alguno: la época actual demuestra, pues, que no se debe aguardar mas tiempo, y que se puede esperar que dicho complot salga bien. »

» Para dar cuenta á V. M. del modo como quisiera obtener tal resultado, dire que mi intento es ocupar una puerta, tener á punto el socorro, y entrando por ella apoderarme de la ciudad. La ocupacion de dicha puerta en estos tiempos la creo fácil, y el socorrerla y apoderarme en seguida de la ciudad, no me parece ofrecer la menor dificultad. Para tomar la puerta, he imaginado que uno de mis servidores insulte á una persona, en lo cual tengo confianza de que ejecutará este hurto, y que dejará estos sitios, marchándose á Crema. Desde allí empezará á enviar carteles de desafío al insultador, y con tal motivo mandará hombres que aparezcan á llevar encargo mio de asesinarle, dando por otra parte orden para que el insultado, despues de hacer ver que ha descubierto el plan de los asesinos enviados por mí, huya á Plasencia. Una vez en esta ciudad, continuará remitiendo carteles y mostrará que quiere combatir, llevando siempre consigo para su custodia y seguridad ocho ó diez hombres. Con objeto de que el arbitrio de los carteles dé tiempo y lugar á la realizacion de la trama, lo prolongaré cuanto me agrade, sin llegar á nada decisivo, hasta tanto que el resto de las cosas necesarias á mi intento se halle en sazón. En seguida, y en la noche que deba llevarse á cabo el complot, enviaré otros quince hombres, de los cuales el uno nada sepa del otro, y que no entiendan á qué van, hasta el momento de la ejecucion; y con estos 25 hombres ocuparé la puerta, que, segun mis noticias, no está custodiada sino por uno que la cierra; despues de lo cual, introduciré el socorro de tropas, reunido del modo que paso á explicar.